



GENERAL JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA.

CAPITULO XVI.

Ante Orizaba.

Los Generales Jesús González Ortega é Ignacio Zaragoza, que habían seguido á las fuerzas francesas, determinaron hacer un ataque combinado sobre Orizaba. Con este fin las fuerzas del primero marcharon hacia las alturas de Maltrata para asegurarse una posición que dominara la ciudad. Después de una marcha difícil y fatigosa, las fuerzas al mando del General Ortega llegaron á la cumbre del monte conocido con el nombre de Borrego, acompañadas de su artillería, y se prepararon para atacar la ciudad el próximo día en conjunción con las fuerzas de Zaragoza.

Entre tanto este último había llegado ante los muros de Orizaba el 13 de Junio, que era el día convenido entre los dos jefes. Pero Ortega había sido demorado á causa de las dificultades de los caminos de la montaña por los cuales había tenido que llevar su artillería, y por lo tanto no fué sino hasta el día siguiente que estuvo en situación de cooperar con Zaragoza, quien, como es natural, había pasado varias horas de gran ansiedad en la incertidumbre de si á Ortega le había sido posible llegar al punto previamente convenido. Pero durante la noche llegó un mensajero de Maltrata explicando las dificultades que Ortega había encontrado, é informando que estaría en la cima del monte de Borrego en la mañana del 14. Pero no le fué posible á Ortega llevar á cabo sus planes, y no fué sino hasta la tarde de la noche que llegó á la cumbre del monte, con sus fuerzas completamente fatigadas á causa de las dificultades del viaje.

Mas los franceses tuvieron noticia del movimiento hecho por González Ortega y se despachó una fuerza para darle batalla. Esta fuerza marchó durante la noche y encontró á las fuerzas mexicanas despre-

venidas, descansando de la gran fatiga que les había producido su penosa marcha durante el día á través de cañadas casi infranqueables, largas cuestas y anchurosos valles. Sintiendo González Ortega completa seguridad de que no podía haber sido descubierta la llegada de sus tropas á media noche á las cumbres del monte Borrego, y que de consiguiente se encontraban en seguridad perfecta, no había colocado suficientes guardias para protegerlas, por lo cual estaban enteramente desprevenidos cuando cayeron sobre ellos los franceses. Un testigo presencial de la escena la describe como una carnicería, en la cual los hombres, rendidos de cansancio, fueron despertados repentinamente de su sueño y matados como carneros; pues muchos de ellos no tenían ni sus armas en la mano, y la mayor parte no se daba cuenta de lo que pasaba. La derrota de las fuerzas mexicanas al mando de González Ortega y Llave fué completa, y como tuvo lugar durante el silencio de la noche, Zaragoza estaba ignorante de lo que había sucedido y se preparó para dar batalla á los franceses en la mañana del siguiente día.

Pero como González Ortega y Llave habían sido derrotados y sus fuerzas arrojadas de su punto estratégico, después de experimentar grandes pérdidas, y Alatorre, con otro pequeño cuerpo de tropas fué tenido á raya por el enemigo, todas las fuerzas que tenían que cooperar con Zaragoza en el ataque de Orizaba fueron nulificadas. Todo esto, como hemos dicho, lo ignoraba el comandante mexicano; así, pues, en la madrugada del 14 abrió sus fuegos contra la ciudad. Los franceses contestaron con energía haciendo uso de todos sus cañones; y protegido por esta granizada de balas, Laurencez, el comandante en jefe de las fuerzas sitiadas, marchó fuera de la ciudad con su infantería y cargó á paso redoblado sobre el ejército mexicano. Pero fué recibido con el terrible fuego de las baterías de Zaragoza, que segaba su gente como un torbellino á un trival, y se vió obligado á retirarse.

Reorganizando sus fuerzas y al redoble de los tambores y entusiastas gritos de su gente, Laurencez volvió al ataque, pero se encontró con las fuerzas mexicanas al mando del General Berriozábal, que recibieron sus batallones con un fuego mortífero y á corta distancia. En esos momentos, el General Díaz, que estaba al mando de las reservas vino en auxilio de Berriozábal, y como un torrente, se lanzaron las fuerzas combinadas de los patriotas sobre los franceses y luchando cuerpo á cuerpo los hicieron gradualmente retroceder. Las fuerzas de Díaz se adelantaron á los franceses por un lado y las de Berriozábal amenazaban hacer lo mismo por el otro con lo cual Laurencez corría gran riesgo de ser rodeado completamente. Por tal motivo, el general francés se vió obligado á retirar sus fuerzas parcialmente desorganizadas dentro de los muros de Orizaba. A la media noche de ese mismo día Zaragoza se retiró sin ser molestado, á Tecamalucan. Y así terminó el memorable 14 de Junio de 1862, y los acontecimientos de ese día hicieron imposible al ejército mexicano toda idea de atacar á los franceses en sus fortificaciones de Orizaba, sin refuerzos suficientes y reorganización.

Comprendiendo ésto González Ortega, Llave, Alatorre y Zaragoza, comenzaron su retirada á las alturas, perseguidos por cuerpos del ejército francés con quienes sostuvieron encuentro tras encuentro; y puede asegurarse que todo el camino de Orizaba á Puebla quedó señalado con los numerosos cadáveres de ambos ejércitos.

Después de la retirada del ejército mexicano de Orizaba á las alturas, el General Díaz fué nombrado gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz, y se puso á sus órdenes la sección del ejército que había estado al mando del General Llave, pues el gobierno deseaba, si era posible, conservar algún control en el Estado más importante de la Unión, bajo el punto de vista de las comunicaciones con el resto del mundo. Y el General Díaz fué considerado, á causa

de su brillante hoja de servicios como administrador, como soldado y como jefe, la persona más apropiada, entre los jefes del ejército liberal para esa delicada misión, de la que se esperaban grandes resultados.

Con su acostumbrada energía y determinación para vencer toda clase de dificultades, el General Díaz se puso á trabajar afanosamente para sacar orden del caos en que estaba hundido el territorio que acababan de poner bajo su jurisdicción. Hizo de su cuartel general el punto de reunión de todos los patriotas de Veracruz que se oponían á la intervención, y extendió su autoridad mucho más allá del territorio que reconocía á Juárez cuando se hizo él cargo de ese gobierno local: y aunque las principales ciudades y pueblos estaban en manos de los franceses, éstos no intentaron ejercer control en los distritos rurales y logró así establecer su autoridad en todo el territorio que tenía bajo su inspección, acabó con los contrabandistas y pudo coleccionar las rentas federales, de tal modo que le fué posible pagar sus tropas, lo cual los jefes liberales en otras partes del país no siempre podían hacer.

El Estado estaba infestado de ladrones y guerrilleros, y entre estos últimos, muchos de ellos no tenían el menor interés en la cuestión política que agitaba el país, pero todos ellos pretendían pertenecer á un partido ú otro; pues esto les aseguraba el ser tratados como prisioneros de guerra en caso de ser capturados. Todo el Estado estaba erizado de dificultades y peligros de toda naturaleza, pero el General Díaz logró que su autoridad fuera respetada en todas las comarcas que tenía encomendadas. Mas el gobierno de Juárez tenía tantas dificultades contra que luchar, que no podía auxiliarlo de ningún modo: ni con hombres, ni con pertrechos de guerra, ni con su autoridad; y el General Díaz comprendió que las dificultades de mantener parcialmente la autoridad del partido liberal en el Estado de Veracruz, eran mayores que el beneficio que se derivaba. Además, juzgó



GENERAL IGNACIO DE LA LLAVE.

que sus servicios serían de mayor utilidad á su partido en la lucha activa en las filas del ejército. Díaz había nacido para batallar y para dirigir á los hombres. Lo hemos visto desde los días de su infancia, cuando, con la mayor naturalidad, asumía la dirección de sus compañeros, organizando sus juegos y deportes y sus ejercicios gimnásticos y de cultura física. Lo hemos visto después organizar á los indios de las sierras y convertirlos en guerreros invencibles; lo hemos visto gobernar un distrito de Oaxaca y sostenerse en Tehuantepec contra viento y marea, pues la mayor parte de la gente se oponía abiertamente á él y á los principios del partido que representaba. Y allí lo hemos visto también crear ejércitos, como quien dice de la nada, y ganar batallas en las circunstancias más difíciles; y todo ésto con un gobierno central tan distante, que pasaban hasta dos meses sin que él recibiera una sola orden del departamento de la guerra. Díaz ha sido siempre un organizador, y naturalmente ha tomado puesto en todas ocasiones como parte de lo más importante en la maquinaria que ha movido los grandes acontecimientos de su país. Era de esperarse, por consiguiente, que él ansiara una posición donde pudiera tomar parte activa en los grandes sucesos de que era teatro su nación. Como hemos dicho, sabía perfectamente que los esfuerzos que pudiera hacer en el Estado de Veracruz por mantener la autoridad del partido liberal, serían de poco beneficio al mismo partido. Cierto es que allí podía coleccionar suficiente dinero para pagar sus tropas y mantener su gobierno en las partes del Estado lejanas de los centros de población grande, y podía continuar atrayéndose pequeños grupos de partidarios. Pero todos sus esfuerzos tenían que dirigirse exclusivamente á sostener su limitada autoridad en el Estado, y no estaba en situación de poder prestar auxilios de ninguna naturaleza al ejército liberal; ni en hombres, ni en dinero, ni en la vigilancia de las aduanas de las costas del Golfo, ni en coleccionar más renta interior que la absolutamente necesaria para el mante-

nimiento de su precario gobierno local. Es muy natural, por consiguiente, que deseara renunciar una posición tan difícil de mantener, y en que los resultados del mantenimiento eran aparentemente inútiles. Manifestó al gobierno liberal que el Estado se encontraba infestado de partidas de guerrillas conservadoras auxiliadas por los franceses y protegidas por ellos hasta el grado que después de sus diarias correrías, podían siempre encontrar refugio seguro detrás de los muros de las plazas fortificadas en poder de los invasores. Además de todo esto, demostró la imposibilidad de hacer ningún uso comercial del Estado, mientras que los buques franceses dominaran los puertos de entrada y las costas del Golfo.

Finalmente fueron escuchadas las representaciones del General Díaz, y le fué permitido reunirse al cuerpo principal del ejército en Puebla, donde el gobierno liberal se estaba preparando para resistir á los franceses, quienes habían pasado cerca de un año reuniendo materiales de guerra y transportando del viejo continente refuerzos con los cuales poder continuar la lucha por la posesión de México. Hasta la fecha en que se hizo el ataque sobre Puebla en 1862, los franceses habían traído á México 37,000 hombres, fuerza bastante formidable, si se toma en consideración el estado de desorganización en que México se encontraba. Era considerablemente mayor que la fuerza con que marcharon los americanos sobre la ciudad de México en 1847. Era también mayor que el número total de tropas que los mexicanos pudieron levantar entre el año de 1861 y el 5 de Junio de 1863, fecha en que los franceses tomaron posesión de la capital de la República. Los franceses estaban unidos, esto es, formaban un cuerpo homogéneo, tenían oficiales instruídos y experimentados y excelentes materiales de guerra; y sobre todo, tenían soldados veteranos acostumbrados á vencer. Además, había en el ejército francés el *esprit de corps* que totalmente faltaba á los mexicanos, debido á que las opiniones políticas habían entonces y durante muchos años antes

dividido la nación en facciones enemigas, fomentando la perfidia entre generales, jefes y subordinados. Por consiguiente, las ventajas estaban todas del lado de los franceses. Y comprendiendo ésto fué por lo que Díaz juzgó, que el sostener una incierta autoridad sobre algunas partes del Estado de Veracruz, no valía la pena de los esfuerzos que significaba. También era de opinión, de que todas las tropas de la nación debían concentrarse para hacer todo esfuerzo por resistir á los franceses.

El decreto del 17 de Diciembre de 1861 había ordenado que se levantaran tropas hasta el número de 52,000, distribuídas entre los Estados y los territorios, de 3,000 á 1,000 cada uno. De todos los Estados y Territorios solamente el Distrito Federal proporcionó el contingente pedido; pues se le pidieron 3,000 hombres y proporcionó 6,567. Siguió Oaxaca con 2,130 de 3,000 que se llamaron. Puebla proporcionó 1,820, el Estado de México 1,450, San Luis Potosí 1,114 y Jalisco 1,010. Todos los demás proporcionaron menos de 1,000; mientras que Yucatán, Campeche, Tabasco, Aguascalientes, Colima, Chiapas, Baja California, Sonora y Sinaloa, hasta el 15 de Marzo de 1863, no habían proporcionado, oficialmente por lo menos, un solo hombre para la defensa nacional. Esto habla, más elocuentemente que las palabras, de la falta de unidad que existía entre las diferentes entidades federales de México para mantener su independencia y la de todo el país. En definitiva, en respuesta á la llamada patriótica que Juárez hizo á la Nación para defender la patria contra los invasores, recibió hasta la fecha mencionada 20,000 hombres en números redondos, y muchos de ellos sin armas, casi desnudos y sin ninguna práctica anterior como soldados. No pocos de ellos eran tan ignorantes que no sabían ni por qué peleaban. Muchos llegaron á las filas de Juárez únicamente porque sus amos los mandaban. Otros llegaron porque el instinto batallador de sus antepasados indios los impelía.

Estos fueron los elementos con los cuales Juárez

se preparó para sostenerse contra los franceses por segunda vez en Puebla. Con los preparativos que los invasores habían hecho durante cerca de un año, y con el conocimiento del país que durante ese tiempo habían adquirido y la desorganización en las filas de los mismos liberales, el desastre era inevitable. Se ha culpado á Juárez por haber tratado de resistir en Puebla en lugar de concentrar todas sus fuerzas en la capital. Pero hay poca duda de que el resultado hubiera sido el mismo. Pues hasta esa fecha no se había manifestado ningún movimiento nacional en defensa del país. Fuera del Distrito Federal y de las ciudades de algunos de los Estados centrales, la Nación apenas había realizado que México, que había peleado más de diez años por su libertad é independencia, estaba para ser de nuevo dependencia de otra potencia europea. Y una vez más los números hablarán con mayor elocuencia que las palabras. Solamente poco más de 14,000 hombres habían sido contribuídos por todos los Estados de México, dejando fuera de la cuenta el Distrito Federal; y nueve de los veinticinco Estados y Territorios en que estaba dividido el país, ó sea más de la tercera parte, rehusaron en lo absoluto enviar auxilios de ninguna clase al vacilante y esforzado gobierno de Juárez. En otras palabras, México estaba entonces dividido en estados y territorios, que aunque se decía, formaban una unión federal, no tenían intereses comunes que los unieran en un gran cuerpo; intereses y aspiraciones que pudieran constituir una nación cuyo pueblo considerara el todo como su patria.

Sin embargo, la invasión de los franceses tuvo este buen aspecto, ligó á las diferentes partes de la República mexicana, después de un poco de tiempo, en una especie de unión y despertó hasta cierto grado el orgullo nacional; el cual existía en el país, pero de un modo indistinto é indefinible. En otras palabras, entonces comenzó á despertarse el sentimiento de la existencia y del orgullo nacionales, que se habían olvidado por completo con las luchas civiles que habían

conmovido al país casi continuamente desde los primeros días del establecimiento de su independencia. Juárez, después de la retirada de los franceses del país, continuó alentando y fortaleciendo este sentimiento; pero nó era hombre de suficiente liberalidad de ideas para que pudiera crear una verdadera nacionalidad mexicana. Esta misión correspondía á Díaz, quien ha manifestado durante su administración el mismo talento grande y brillante como organizador, y la misma gran previsión y conocimiento profundo de las condiciones existentes y de los sentimientos é intereses locales y generales, que antes le habían hecho posible desarrollar las mejores posibilidades en los distritos que habían sido confiados á su cuidado.

Durante su larga y tenaz lucha contra los invasores franceses, Juárez constantemente sintió la falta de sentimiento nacional en su país nativo, y la falta de apreciación de parte de los varios estados y territorios de que la defensa de los intereses nacionales era necesariamente la defensa de la de los mismos estados y territorios.

México tenía en ese tiempo población suficiente para haber puesto en campaña un ejército de medio millón de hombres; sin embargo de lo cual, en trece meses todos los estados y territorios apenas habían levantado 14,000. Era esta falta de sentimiento nacional, esta falta de interés desplegado por una gran parte de la población del país, lo que maniató á Juárez é hizo posible el éxito de un ejército relativamente pequeño, con el cual los franceses lograron apoderarse de la capital de la República en nombre del imperio y del partido conservador. Si hubiera tenido México el entusiasmo y la determinación para arrojar al enemigo de sus confines, que Texas manifestó en su resistencia á la tiranía de Santa Ana, hubiera podido poner sobre las armas cerca de un millón de hombres, y hubiera podido encontrar dentro de sus propios límites riquezas suficientes para armar y mantener dicho ejército. Pero el espíritu de nacionalidad faltaba del todo. Para la mayor parte de la na-

ción, Juárez no era sino uno de tantos jefes de partido que se habían impuesto al país continuamente desde el establecimiento de la independencia. No pudieron realizar entonces la grandeza del hombre, ni comprender la heroica figura que sería más tarde á los ojos del pueblo mexicano ya despierto al sentimiento de su nacionalidad. Pero el hecho de que el pueblo mexicano ha aprendido á apreciar á Juárez en su verdadero valor; que sean celosos de su buen nombre á tal grado que se impacientan hasta por un criticismo justo que se haga de él, es uno de los mejores y más grandes tributos que se pueden rendir á la presente administración, que ha alentado afanosamente durante un tercio de centuria, el espíritu de nacionalidad y el sentimiento consiguiente de patriotismo.